

# Redes

Órgano informativo de El Colegio de Michoacán  
publicación bimestral, año 2, núms. 17 y 18, zamora, michoacán

marzo-abril  
mayo-junio  
2007

Contenido

Editorial 2

Homenaje  
a Luis Ramírez Sevilla 2

*Ni el tiempo ni la ausencia  
nos harán olvidar nuestras  
promesas.* 4

IV Coloquio de Historia  
de Mujeres y de Género en  
México (RedMugen) 6

Entre mujeres 7

II Foro sobre el Saneamiento  
del río Duero 9

Entrever  
*Entrevista  
a Conrado Hernández López* 10

Testimonios  
*Nelly Sigaut* 11

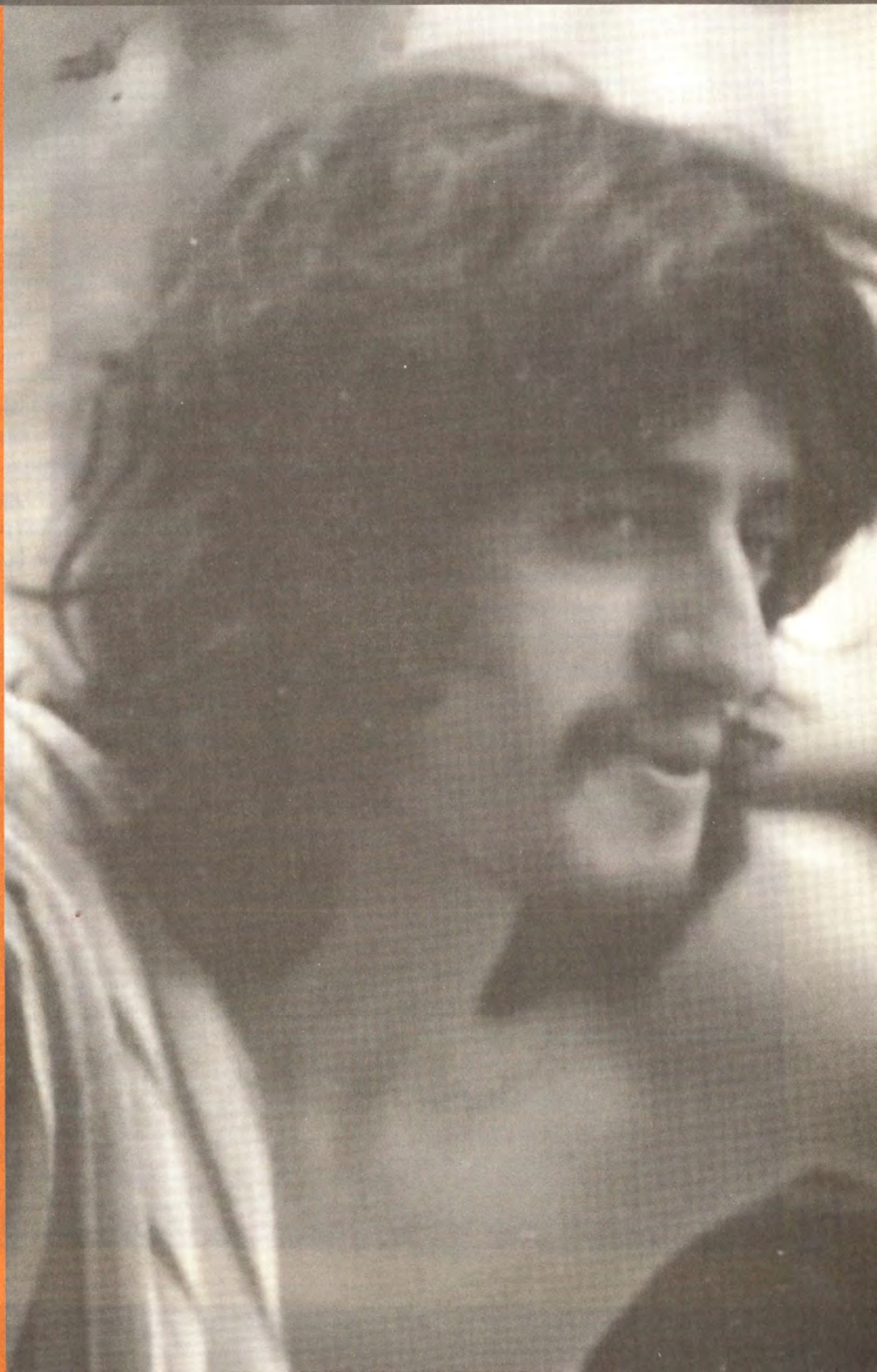
Notas de interés académico  
*Apuntes para una historia de los  
coloquios del Colmich (parte II)* 13

Proyectos especiales 16  
*Curutarán  
Peralta  
Cerro de chichimecas*

Actividades y eventos  
académicos 22

Breves 31

Movimientos 32



Luis González y González, Brigitte Boehm, José Lameiras, Cayetano Reyes y Heriberto Moreno”.

Para finalizar, Conrado agradeció a El Colegio “la oportunidad de participar en esta empresa tan interesante porque constituye un observatorio de las actividades de la institución y una síntesis de su propia historia”.

*Redes*, por su parte, agradece al director de la revista *Relaciones* el tiempo dedicado para realizar esta entrevista.

### Testimonio. Nelly Sigaut

El boletín *Redes* inaugura con el testimonio de la doctora Nelly Sigaut, investigadora del Centro de Estudios Históricos, una sección de gran valor, sección que hace recuento del trabajo actual realizado por los investigadores de El Colegio de Michoacán. En voz de los propios autores, académicos, profesores y ante todo seres humanos, estos testimonios nos darán sin duda una visión más amplia de lo que letra a letra forma el nombre de nuestra institución.

Sin más preámbulo, presentamos el siguiente testimonio académico de actualidad en palabras de Nelly Sigaut.

#### El Colegio, el patrimonio y mi trabajo de investigación

El 9 de noviembre de 2006 fui invitada por la Academia Nacional de Bellas Artes de Argentina a impartir una conferencia acerca de los “Problemas de conservación del patrimonio”, como parte de la presentación de cuatro volúmenes de catalogación patrimonial de la ciudad de Buenos Aires. En esa oportunidad di comienzo a mi exposición con una breve historia que permitiera al público argentino conocer algo sobre nuestra institución y que ahora resumo. Les conté entonces que un grupo



de compañeros de El Colegio de Michoacán están desarrollando un proyecto de recuperación ambiental y patrimonial en la cuenca del río Tepalcatepec en la zona conocida como Tierra Caliente.

A ellos les narré, y ahora a ustedes, que hace apenas un par de meses estos compañeros me invitaron a la ciudad de Lombardía para ver la vieja fábrica procesadora de arroz, una magnífica construcción de adobe y madera del siglo XIX, lo anterior con vistas a armar en ella un museo, además de visitar algunas de las zonas del entorno que pudieran integrarse a un corredor de turismo cultural y de aventura. Allí fui con mis alumnos del doctorado en historia, con la ilusión siempre presente de formar historiadores más comprometidos con la conservación patrimonial. Después de andar unos calurosos kilómetros por brechas polvosas en medio de una vegetación seca y espinosa, cruzar el río Cupatitzio entre resbalosas piedras y bajar y subir escarpados paisajes, llegamos a Las Pintadas, donde se pueden ver petroglifos –posiblemente fechables en el periodo clásico–, cuyos atractivos y enigmáticos diseños relucían entre botellas de refresco, bolsas de papas fritas y cientos de bolsas de plástico abandonadas por los visitantes del hermoso paraje, quienes no resistieron la



tentación de anunciar con un *graffitti* a los futuros intrépidos que decidieran seguir sus pasos, que “Pepe estuvo aquí” y que “Beto y Lupe se aman”. En la tarde-noche participamos en una reunión con los ejidatarios que querían analizar el proyecto, opinar sobre él y decidir su aprobación. Luego de varias intervenciones donde desplegaron todas las inquietudes y curiosidades que el proyecto les despertó, uno de ellos —un hombre grande y fuerte, con el rostro marcado por el terrible sol de esa región— se puso de pie y nos contó, con voz y ojos brillantes por la emoción, que él iba a ese lugar con su padre, que cuando era muchacho el agua corría limpia y cristalina y que jugaba a pasar sus manos por los preciosos y misteriosos dibujos sobre la roca mientras pescaba unos peces enormes. Al recordar, aquel hombre encontró una manera directa de hacernos entender lo que sentía: “en este momento —nos dijo— están pasando por mi cabeza muchas imágenes, como si fuera una película, cómo quisiera que ustedes pudieran verla y pudieran entender lo hermoso que era este lugar y cómo forma parte de mi vida y de mucha de la gente de aquí”.

Creo que esta breve historia sintetiza muchas de las ideas que, con algunos cambios propios de la madurez, han regido mi trabajo de investigación en El Colegio de Michoacán y en general en mi práctica profesional. Como historiadora de arte, entiendo que además de problemas e incógnitas que se intentan resolver, es fundamental crear catálogos patrimoniales, herramientas que faciliten la investigación y que al mismo tiempo aporten conocimiento sobre lo catalogado.

Hay que tomar en consideración que el concepto de patrimonio cultural ha sufrido continuas transformaciones desde sus postulados iniciales entre los siglos XVII y XVIII hasta las últimas décadas, cuando se ha intentado llegar a formulaciones más incluyentes. En principio, quienes se interesaron por el rescate y preservación de objetos y lugares, partieron de una idea aplicable casi exclusivamente a los elementos materiales: objetos utilitarios o rituales, ruinas, casas, palacios, templos, monumentos y hasta ciudades. Esta visión del patrimonio nació marcada por la valoración de lo construido monumental como un legado que transmite mensajes de incalculable valor.

Muchos de los catálogos patrimoniales que se realizaron en México —desde la década de 1930—, y que aún se realizan, se deslizan sobre esa lógica. Yo misma he compartido la premisa, de manera tal que el primer libro que publiqué en El Colegio en 1991 es un catálogo de la arquitectura de la ciudad de Zamora. En ese momento consideré válido trabajar con el concepto de arquitectura relevante; es decir, aquellas manifestaciones que poseen características arquitectónicas sobresalientes, como la antigua catedral, o que cumplieron funciones sociales destacadas como la casa del diezmo, o que fueron referentes simbólicos para la vida de la ciudad, como la estación de ferrocarril.

Mi visión acerca del patrimonio se modificó con la práctica, pues durante algunos años —varios de ellos en compañía de Martín Sánchez— realicé los catálogos patrimoniales de los estados de Michoacán, Aguascalientes, Jalisco, Chihuahua y Zacatecas, para la Dirección de Sitios y Monumentos del Patrimonio Federal de Conaculta. Amplié la visión del patrimonio, que no se expresa sólo en piedra y construcciones, tablas, telas y colores, sino también por la memoria viva, que se expresa en ceremonias, fiestas, carnavales, festejos tradicionales y procesiones por mencionar solamente algunas muestras a las que hay que agregar los saberes populares, las vestimentas y atuendos, las artes ornamentales y las variedades gastronómicas que confieren a los lugares y diferentes países un inconfundible sello de originalidad, según lo describimos con Esteban Barragán y Esteban Sánchez en



un documento que elaboramos para el mismo Conaculta en el año de 2004, donde pusimos en valor el patrimonio intangible como aquello que constituye un patrimonio vivo y confiere identidad y sentido de pertenencia a la comunidad.

El estudio del patrimonio natural, junto con el cultural tangible e intangible, material e inmaterial, constituye una de las líneas de investigación más nutridas de El Colegio donde, debido a las características de la institución, se abre en muchas vertientes. De este modo, se ha investigado y se continúa trabajando acerca de los bosques y del agua, sobre los cultivos tradicionales y la música, sobre las artesanías, la literatura popular y la lengua purhépecha, sin olvidar lo construido material, pero tampoco convirtiéndolo en su centro. Esta manera abierta, comprensiva de entender el patrimonio cultural, nos compromete como institución académica no sólo a su estudio sino a colaborar con las acciones de conservación necesarias.

En este ánimo de estrecha colaboración con otras instancias de cultura federales y del estado de Michoacán publiqué el estudio sobre el pintor del siglo XVII José Juárez (2002); y los más recientes son acerca de *La sillería del coro de la colegiata de Guadalupe* y el *Museo de arte colonial de Morelia* (ambos de 2006). El libro que en la actualidad preparo tiene como objetivo el estudio de la fiesta de Corpus Christi desde sus inicios en Europa en el siglo XIII hasta finales del siglo XVII en la ciudad de México, trabajo donde trato de mostrar de qué manera la fiesta se llenó de complejos significados que, asimismo, intento explicar.

Si bien creo que todos nuestros esfuerzos son valiosos, me parece que sería necesaria una mayor discusión sobre problemas patrimoniales. También me parece importante continuar con la participación en consultas y foros especializados, pero más importante aún tratar de encontrar un medio masivo —un programa de televisión, por ejemplo— que nos permita llegar a establecer consensos con los ciudadanos sobre las cuestiones patrimoniales. Por un lado podríamos difundir nuestras investigaciones pero también involucrar a los ciudadanos en la responsabilidad compartida sobre el patrimonio si es que queremos considerarlo como una construcción social.

### Notas de interés académico

#### *Apuntes para una historia de los coloquios del Colmich (parte II)*

Muy poco tiempo después de la fundación de El Colegio, a los centros de Estudios Antropológicos y Estudios Históricos se sumaron dos nuevos proyectos de investigación y docencia: el Centro de Estudios Rurales, a principios de 1981 y con Jean Meyer al frente, y el Centro de Estudios de las Tradiciones, en agosto de 1982, dirigido por don Francisco Miranda, quien ya había estado al frente del Centro de Estudios Históricos. La apertura de ambos fue un hecho que dio inicio al proceso de crecimiento de El Colegio y con ello vino aparejada la diversificación de temas y problemas de investigación así como de perspectivas disciplinarias de análisis. De entonces en adelante se perfiló la variedad y riqueza de lo que se discutiría en los coloquios anuales. La existencia y funcionamiento de los cuatro centros significó en pocos años la consolidación de la vida académica de la institución que cada vez se arraigaba más en el verde y fértil valle zamorano.

Para 1982 El Colegio presentaba ya una cara muy distinta a 1979. Los tres primeros años de vida de El Colegio habían sido muy movidos y de una expansión inusitada. La multiplicación de los centros de estudios trajo aparejada la multiplicación de los profesores-investigadores, de los alumnos y del personal de apoyo administrativo, técnico y manual. Una primera generación de

estudiantes de maestría en antropología y en historia había terminado sus cursos y estaba en plena redacción de sus trabajos de tesis mientras que una segunda generación de próximos maestros en antropología, historia y estudios rurales se encontraba ya quemándose las pestañas.

También, y de manera siempre prioritaria, el crecimiento de la Biblioteca fue muy veloz. Al cumplir el segundo aniversario la biblioteca contaba con dieciséis mil volúmenes y un año después ya casi con veintidós mil, la mayoría de ellos obtenidos por canje o donación. La expansión de la biblioteca y la necesidad de un espacio para el nuevo Centro de Estudios Rurales hizo que a la casa de Madero 310 (casi tomada por completo por la Biblioteca) se le sumara la de Madero 71 para alojar al CER y que a los pocos meses fuera necesario rentar

